

CAPÍTULO XIX

EL MAR DE ARENA

Temprano en la mañana del 23 de abril, se cargaron los camellos y partimos hacia el sureste. Quería convencerme de que nuestra última montaña no se extendía hasta el desierto.

En dos horas habíamos dejado atrás los jirones de juncos, y las estériles dunas de arena se hicieron más altas. Una hora más tarde, alcanzaban dieciocho metros de altura; y pronto se elevaron a veinticuatro y veintisiete metros. Llanuras de arcilla abierta, seca y dura se revelaban aquí y allá entre las dunas. Desde este suelo firme, los camellos parecían bastante pequeños mientras pisaban la cresta de la duna más cercana. Zigzagueábamos y girábamos en todas direcciones para evitar las difíciles crestas de las dunas y permanecer lo más cerca posible del mismo nivel.

Después de un rato vimos los últimos tamariscos y pasamos los últimos lugares de suelo arcilloso. Ahora no había nada más que arena fina y amarilla. Hasta donde alcanzaba la vista, solo se veían altas dunas completamente desprovistas de vegetación. Resulta extraño que no me sorprendiera este espectáculo y que no me hiciera detenerme. Me tenía que haber dado cuenta de que la temporada estaba demasiado avanzada y que el riesgo era demasiado grande. Si prevalecía la mala suerte, podría perderlo todo. Pero no dudé ni un momento. Había decidido conquistar el desierto. Por muchos pasos fatigosos que tuviera que dar hasta el Jotán Daria, no volvería atrás sobre un solo paso de mi camino. Fui arrastrado por el irresistible *desiderium incogniti*,⁸⁰ que rompe todos los obstáculos y se niega a reconocer lo imposible.

Sin embargo, aquí ya observé cómo mis hombres trabajaban con sus palas para facilitar el acceso de los camellos a los lugares difíciles.

Después de una marcha de dieciséis millas, acampamos al anochecer en un pequeño lugar de tierra uniforme y arcillosa, completamente rodeado de altas dunas de arena. Aquí crecían los dos últimos tamariscos, que los camellos despojaron de su corteza de un bocado. Más tarde tuvimos que atar los camellos para evitar que volvieran al lago durante la noche. Excavamos en busca de agua, pero como la arcilla arenosa resultó estar seca como la yesca, desistimos del intento.

Faltaba Hamra. Subimos a las dunas y silbamos, pero el perro nunca volvió. Claramente había sido más sabio que nosotros y había regresado por el camino de la caravana. Yoldash, sin embargo, pagaría su fidelidad con su vida.

Pasada la medianoche, un fuerte viento del oeste se levantó sobre el árido desierto. Cuando comenzamos a cargar los camellos al amanecer, columnas de arena revoloteaban desde cada cresta de las dunas y una neblina roja amarillenta flotaba sobre el horizonte. Más tarde conoceríamos los vendavales del este, que traían nubes de polvo fino y convertían el día en noche.

Nos mantuvimos al sureste; pero después de asegurarnos de que el Mazar Tagh no se extendía en esa dirección, decidí cambiar nuestro rumbo hacia el este. Esta dirección prometía la distancia más corta al Jotán Daria. Islam Bai encabezó la procesión, brújula en mano. Al verlo escalar altas dunas en forma de pirámide, dedujimos que buscaba un camino practicable para los camellos. Un camello cayó en lo alto de una duna en una postura tan incómoda que no pudo volver a levantarse a cuatro patas hasta que lo hicimos rodar unos veinte metros hasta arena más sólida. Al mediodía hicimos un alto y todos bebieron, incluso Yoldash y la última oveja. La temperatura del agua era de más de 30° C.

Los camellos se habían comido las cañas que servían para tapizar las cisternas. En el campamento vespertino no se veía rastro de vida vegetal o animal, ni una hoja arrastrada por el viento, ni una polilla. Les dábamos a los camellos unos cuantos tragos de aceite vegetal, por la mañana y por la noche.

El 25 de abril nos despertó un viento del noreste y una nube de polvo. Los colores se desvanecieron y las distancias y dimensiones se distorsionaron. Una duna cercana tomó la apariencia de una alta montaña remota.

Cuando las cisternas fueron cargadas sobre sus tres portadores, el sonido del agua al salpicar fue tal que examiné el suministro. Para mi sorpresa descubrí que era suficiente para solo dos días. Interrogué a los hombres y les recordé mi orden de traer agua suficiente para diez días. Yolchi, el guía, respondió que estábamos a dos días del Jotán Daria. No me atreví a regañarlos, porque yo mismo debí haber inspeccionado cuánta agua se tomaba del lago. Habíamos viajado solo dos días y hubiera sido prudente volver sobre nuestros pasos. La caravana se habría salvado y no se habría perdido ninguna vida. Pero no me atreví a regresar, y deposité una confianza indebida en el guía. En presencia de todos, encargué a Islam Bai la responsabilidad del suministro de agua. Las raciones de agua se redujeron para los hombres, y los camellos tendrían que seguir sin una sola

gota. Desde ese momento yo, al igual que mis hombres, fuimos a pie. Cordilleras enteras, mesetas y extensiones de arena se extendían en todas direcciones.

Nuestro camello «el Viejo» se cansó y tuvo que ser conducido sin su carga. Durante una de las paradas tomó un sorbo de agua y un puñado de heno, sacados de su propia albarda. Las dunas aún tenían veinte metros de altura. Un estado de ánimo pesado y ominoso prevaleció en toda la caravana. Las conversaciones habían cesado. No se oía más que el susurro del viento, la respiración cansada de los camellos y el repique fúnebre de las campanas de bronce.

— ¡Un cuervo! — exclamó Islam.

El pájaro negro de la muerte voló en círculos sobre la caravana, se posó varias veces en la cresta de una duna y desapareció en la neblina. Nos animó la idea de que debía de haber venido de los bosques y las aguas del este.

En este punto, «Gran Negrito» también estaba cansado, por lo que nos vimos obligados a acampar. Todo el heno de la albarda del «Viejo» se repartió entre los camellos. Tomé solo té, pan y algo de comida enlatada; los hombres, té, pan y *talkan* (harina de cebada tostada); ya no quedaba combustible, así que hubo que sacrificar una caja de madera para hacer el té. Dos mosquitos eran la única señal de vida. Aunque tal vez hubieran venido con la caravana.

El 26 de abril partí solo al amanecer. Sostuve la brújula en mi mano y conté mis pasos. Cada cien representaba una ganancia, cada mil aumentaba mi esperanza de salvación. El día se hizo cálido. El silencio era más profundo que en un cementerio. Solo faltaban las lápidas. Las dunas de arena ascendían ahora a una altura de cuarenta y cinco metros. Los exhaustos camellos tuvieron que superarlas todas. Nuestra situación era desesperada. Al mediodía el sol era como un horno incandescente. Yo mismo estaba muerto de cansancio. Tuve que descansar un rato. ¡Pero no! Primero otros mil pasos, y luego a descansar.

Agotado por caminar sobre la arena blanda y vencido por la fatiga, me arrojé de espaldas sobre la cresta de una duna y me cubrí la cara con la gorra blanca. El descanso fue dulce. Me dormí y soñé que acampaba a la orilla de un lago. Oí el murmullo del viento en los árboles y el canto de las olas al romper contra la orilla. Pero de repente fui despertado a la horrible realidad por el cruel tintineo de las campanas de bronce. Me incorporé. Llegó el cortejo fúnebre. Había una mirada moribunda en los ojos de los camellos. Su mirada era indolente y resignada. Respiraban pesada y mesuradamente, y su aliento despedía un hedor desagradable.

Solo había seis de ellos ahora, y estaban dirigidos por Islam y Kasim.

«el Viejo» y el «Gran Negrito» se habían rezagado. Mohammed Shah y el guía se quedaron con ellos. Acampamos en un pequeño lugar de tierra arcillosa dura, no más grande que la cubierta de un bergantín. Desistí de montar mi tienda de campaña. Dormimos a cielo abierto, todos. Las noches aún eran frías. Siempre estábamos de mejor humor cuando nos acomodábamos para la noche que durante el día; porque venía el descanso, la distribución del agua y el frescor de la tarde después del calor del día.

Los dos camellos agotados fueron conducidos al campamento esa noche. A las seis les dije a los hombres:

—Vamos a cavar en busca de agua.

Todo el mundo se animó a ponerse manos a la obra. Kasim tomó una pala y de inmediato comenzó a cavar. Solo Yolchi, el guía, se burlaba de los demás, al afirmar que aquí podría encontrarse agua a treinta brazas. Le preguntaron dónde estaba el río del que había dicho que llegaríamos en cuatro días. Se avergonzó aún más cuando, a una profundidad de un metro, el suelo arenoso se humedeció.

La tensión creció indescribiblemente. Los cinco trabajábamos como si nos llevara la vida en ello. La pared de arena arrojada alrededor del pozo creció en altura. La arena tuvo que ser acarreada en un balde. A una profundidad de metro y medio, la temperatura de la arena era de 13° C, en comparación con los 29° C del aire. El agua de las cisternas estaba a 29,5° C, tras haber sido calentada por el sol. Colocamos una jarra de hierro, llena de agua, en la arena fría y bebimos temerariamente; pues pronto volveríamos a llenar las cisternas hasta el tope.

Cuanto más profundo cavábamos, más húmeda se hacía la arena. Ahora podíamos exprimirla en bolas que no se desmoronaban. A medida que cada excavador se cansaba, era reemplazado por uno nuevo. La parte superior de nuestros cuerpos estaba desnuda y sudábamos abundantemente. De vez en cuando nos acostábamos en la arena húmeda para refrescar nuestra sangre febril. Los camellos, Yoldash y las ovejas esperaban impacientes alrededor del pozo. Sabían que su sed eventualmente sería saciada.

Estaba completamente oscuro; así que colocamos un par de cabos de vela en pequeños nichos a los lados de la pared.

¿A qué profundidad puede estar el agua? Aunque tuviéramos que cavar toda la noche y todo el día siguiente, estábamos decididos a encontrar agua. Trabajábamos con la determinación que aporta la desesperación. Me senté a observar a Kasim, quien, iluminado desde arriba por la luz de las velas, se veía fantástico en el fondo del pozo, a tres metros de profundidad. Estaba esperando a ver el reflejo que devolverían las primeras gotas de agua.

De repente, Kasim se detuvo abruptamente en su trabajo. La pala se deslizó de sus manos. Con un grito medio ahogado, se derrumbó en el fondo del pozo. Con el temor que hubiera tenido un infarto, le grité:

— ¿Qué pasó?

— La arena está seca —respondió; sonaba como una voz desde la tumba, como el toque de difuntos de nuestra desafortunada caravana.

La arena estaba tan seca como la yesca. Habíamos agotado nuestras fuerzas en vano. Habíamos consumido casi todo nuestro escaso suministro de agua, y habíamos trabajado hasta caer rendidos en sudor, todo en vano. Sin una palabra, los hombres se tiraron al suelo, esperando olvidar las penas del día en el sueño, hablé con Islam durante un rato y no oculté el peligro de nuestra situación. Sin embargo, el Jotán Daria no podía estar muy lejos. Teníamos que llevar a cabo la empresa. Quedaba agua para un día más. Tendría que aguantar para tres días. Eso significaba dos tazas al día por hombre, un cuenco para Yoldash y otro para la oveja. Los camellos no habían bebido durante tres días. No recibirían ni una gota más. Todo nuestro suministro era menos de una décima parte de lo que un camello necesitaría para beber hasta saciarse.

Mientras me envolvía en una manta y me acostaba en mi alfombra, los camellos seguían tirados junto al pozo, esperando en vano el agua, pacientes y resignados, como siempre.



NUESTROS CAMELLOS DESCENDIENDO LAS
DUNAS DE ARENA BAJO LA PUESTA DE SOL

Tras haber desechado las pertenencias superfluas, como las alfombras de la tienda, el catre, la estufa... partimos temprano el 27 de abril. Fui a pie, expectante. Las dunas tenían ahora solo diez metros de altura. Mis esperanzas aumentaron. Pero nuevamente las dunas aumentaron el doble y el triple de tamaño, y una vez más nuestra situación parecía desesperada.

El cielo estaba cubierto de finas nubes que moderaban ligeramente el

calor de un sol resplandeciente. Después de cuatro horas de caminata, esperé a que la caravana me alcanzara. Los camellos todavía estaban a salvo. Vimos dos gansos salvajes volar hacia el noroeste. Su avistamiento despertó nuestras esperanzas. Sin embargo, ¿qué eran cien o doscientas millas para un ganso salvaje?

Agotado por el cansancio y la falta de agua, monté sobre Boghra. Sentí temblar débilmente las patas del camello; así que volví a saltar y seguí caminando con pasos tambaleantes.

Yoldash siempre se mantuvo cerca de la cisterna donde aún se agitaba nuestro pequeño suministro de agua. Durante una de nuestras innumerables paradas, el fiel perro se me acercó, meneó la cola, gimió y me miró fijamente, como preguntando si se había esfumado toda esperanza. Señalé hacia el este, gritando:

— ¡Agua, agua!

El perro corrió unos pasos en la dirección indicada, pero volvió decepcionado.

La altura de las dunas era ahora de cincuenta y cinco metros. Desde la cima más alta escudriñé el horizonte con unos prismáticos. No se veía nada más que dunas altas y móviles; un mar de arena amarilla, sin el menor rastro de orilla. Innumerables olas de dunas se elevaban por el horizonte oriental, donde la arena desaparecía en la bruma de la distancia. ¡Teníamos que superarlas a todas, y las que estaban más allá del horizonte! ¡Imposible! ¡No teníamos fuerzas! Tanto los hombres como los animales se debilitaban cada día que pasaba.

«el Viejo» y el «Gran Negrito» no pudieron seguirnos hasta el campamento esa noche. Mohammed Shah y el guía, que los habían estado conduciendo, llegaron solos al campamento. El primero nos contó que «el Viejo» se había acostado con las piernas y la cabeza estiradas sobre la arena, mientras que «Gran Negrito» se había quedado erguido con las piernas temblorosas, incapaz de dar un paso más. Cuando sus seis camaradas desaparecieron entre las dunas, les dirigió una larga mirada de asombro. Y luego los hombres abandonaron a los dos camellos moribundos. Un par de cisternas de agua vacías fueron abandonadas al mismo tiempo.

Pensé en esos dos camellos con horror mientras yacía despierto por la noche. Primero, simplemente habrían disfrutado del descanso. Luego llegaría la noche con su frescor. Estarían esperando que los hombres regresaran para buscarlos. La sangre que fluía por sus venas se habría hecho más y más espesa. «el Viejo» probablemente moriría primero. Después «Gran Negrito» estaría solo. Finalmente, él también moriría, en la majestuosa quietud del desierto; y a su debido tiempo los montículos de

arena movediza enterrarían los restos de los dos mártires.

Nubes de color azul metálico, llenas de lluvia, aparecieron en el oeste antes del atardecer. Nuestras esperanzas revivieron de nuevo. Las nubes se expandieron y se acercaron. Guardamos las dos últimas cisternas vacías, colocamos todos los cuencos y cántaros sobre la arena y extendimos la tienda de campaña sobre la superficie de la duna. ¡Oscureció! Tomamos la tienda de campaña por las esquinas y nos dispusimos a recoger el rescate que había de venir del cielo. Pero cuando se acercaron a nosotros, las nubes se diluyeron gradualmente. Un hombre tras otro soltó la tela y se alejó tristemente.

Las nubes desaparecieron sin dejar rastro, como si el vapor acuoso hubiera sido aniquilado en el cálido aire del desierto. No nos llegó ni una gota.

Por la tarde escuché la conversación de los hombres, Islam dijo:

—Los camellos se derrumbarán primero, uno por uno; entonces será nuestro turno.

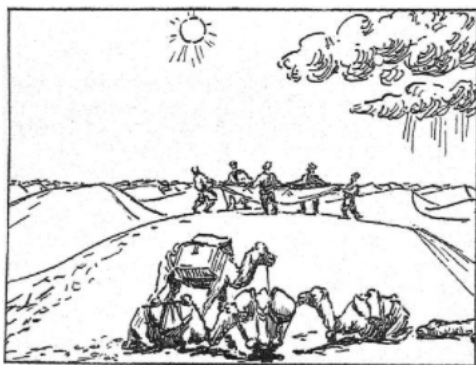
Yolchi, el guía, pensó que habíamos venido por *telesmat* o brujería.

—Imaginamos que caminamos en línea recta, pero en realidad caminamos en círculos todo el tiempo. Nos agotamos inútilmente. Bien podríamos acostarnos para morir en cualquier lugar.

—¿No has notado el curso regular del sol? —pregunté—. ¿Tú crees que uno camina en círculo cuando tiene el sol a su derecha todos los días al mediodía?

—Es solo nuestra opinión; es *telesmat* —insistió—, o el mismo sol se ha vuelto loco.

Sedientos, después de los dos míseros vasos de agua que fueron nuestra dádiva durante todo el día, volvimos a descansar.



SUJETANDO UNA LONA PARA RECOGER UNAS
POCAS GOTAS DE LLUVIA